

Gerardo Diego, poesía y crítica

Del clasicismo a la modernidad

La poesía ¿es re-creación del tópico o la invención perpetua de una nueva expresión? En los poetas clave-(llave) —fin de una época, comienzo de otra— se da el desgarramiento entre cultura e innovación. Garcilaso, Góngora, Rubén Darío, por poner ejemplos cimeros. La revolución poética es una evolución en otro sentido del tópico triunfante o un pasarse de rosca, extremarse sobre lo ya sabido. Los grandes innovadores ignoran a menudo que en su nueva poesía laten todavía, se escuchan, los malos versos de sus enemigos estéticos que en ocasiones son sus mismos maestros.

En la historia de la literatura española, tal vez ningún grupo se debatió tanto entre el clasicismo y la modernidad como la llamada generación de 1927. Si Góngora fue una cita, una convocatoria de subversión poética, también lo fue Fray Luis de León.¹ Cada uno de sus miembros, a su manera, fue antiguo y moderno, Guillén o Lorca, Salinas o Aleixandre, Cernuda o Alberti. Pero en ningún otro se dio tal condición determinante como en Gerardo Diego. Toda su obra se vierte a dos caras, dos formas de expresión, la tradición y la vanguardia.

La poesía de contenido es repetición en el tópico, traducción o versión de lo antiguo. Así lo entendían Petrarca o Fray Luis de León. Antes que autores se consideraban lectores y vertían a la lengua vulgar sus lecturas delectadas en el universo de la clasicidad. Su poética es un «saber», antes que un «hacer». La poesía de expresión es transgresora del tópico y de las normas. Es una perversión del sentido, la sublevación de la forma y la metáfora, el reino de la máscara sobre el contenido. Surge entonces un ejército de palabras novedosas, altisonantes, insólitas, de imágenes atrevidas, eso que se llama la vanguardia en una denominación feliz.² Y la vanguardia está condenada a perecer, también en las guerras literarias. ¿Qué pervive de la vanguardia hispánica? Apenas el nombre combativo, banderías para nuevas promociones y el desconocimiento casi total de esta época muy mal estudiada, que necesitaría una pronta revisión. Se la conoce por el nombre de ciertos autores que sobrevivieron a las derrotas estéticas de los «ismos», sean Gerardo Diego o Larrea, Huidobro o Borges. Los vanguardistas, jóvenes alocados, ilusos, intuitivos, sacrificaron su obra, se quemaron en la búsqueda de una nueva

¹ Véanse los números tres y cuatro, marzo de 1928, de la revista *Carmen* dirigida por Gerardo Diego. Están dedicados a Fray Luis de León. Después del homenaje de la generación de 1927 al barroco, culterano, oscuro Góngora, esta ofrenda a Fray Luis significaba una vuelta a las raíces castellanas, a la sobriedad, a la pureza clásica.

² El libro de Guillermo de Torre *Historia de las literaturas de vanguardia* precisa de una actualización.

palabra vacía que diese cobijo a la nueva poesía. Se perdieron en la aprehensión de la imagen falsa que repetía una multiplicidad de espejos. Creyeron que el logro definitivo era el hallazgo de la máscara, una metáfora sin sentido que abriese, eternizase el cadáver de la palabra. Esta dirección de poesía deshumanizada alcanzará su cima y desengaño en algunos poetas de la generación de 1927, en el Lorca de *Poeta en Nueva York*, el Aleixandre de *Espadas como labios*, o el Alberti de *Sobre los ángeles*. Para conocer los límites y desconocimiento de las vanguardias será preciso leer y criticar desde una perspectiva más justa la importancia que tuvieron autores menores, hoy desconocidos como pioneros e innovadores.

Gerardo Diego es un paradigma único entre la tradición y la modernidad. Casi nadie tan conservador como él en los metros (uso del octosílabo, del endecasílabo, maestría en el romance y en el soneto), en los temas de siempre, amorosos, religiosos, humanos. Y en contraste, nadie tan innovador en forma y contenidos. ¿Cómo se entiende esta doble actitud? Gerardo Diego no se lo plantea como problema moral, como expresión maniquea de una doble conciencia, sino como una disposición estética. Hay artistas que se saben el oficio y no arriesgan nada, cumplen. A otros, les tienta continuamente la experimentación. ¿Crear es repetir el modelo clásico, actualizarlo, o es innovar? He ahí el dilema que algunos autores como Gerardo Diego han resuelto practicando ambas direcciones. Más que una solución cómoda, es inteligente. ¿Quién no es al mismo tiempo un conservador y un revolucionario?

La vitalidad de los poetas de la generación de 1927, muchos de ellos longevos, ha sido asombrosa. Lo es todavía la de aquellos miembros vivos, Alberti o Dámaso Alonso. De Gerardo Diego han aparecido en estos años dos libros: *Cometa errante*,³ poesía, y *Crítica y poesía*,⁴ volumen de ensayos. A ellos hay que añadir el estudio de Arturo del Villar *La poesía total de Gerardo Diego*⁵ que sirve de introducción y comentario al poeta.

Cometa errante

Cometa errante es una antología con prólogo-presentación del propio autor. Gerardo Diego explica el porqué de tan sugerente título: «Su propósito es el de abrir una expectación para el lector que se ha encontrado, por de pronto, con un título llamativo: *Cometa errante*». Lo utiliza como reclamo y promesa de otro libro venidero. El autor alude a las dos acepciones de la palabra cometa, el astro y el juguete. En esta antología la palabra cometa aparece tres veces: como astro, en un poema de 1919: «Once estrellas forman su cola / que ondea a derecha e izquierda / y sube tan alta y tan sola / que hay el temor de que se pierda» (p. 26). Una alusión en el poema «Bodas de oro» de 1968, con un recuerdo infantil, familiar al fondo: «Y ahora en alto cometas columpian / su infantil y cautiva ascensión / y qué bien que te ven tan alzada / con tus niñas abajo

³ Gerardo Diego, *Cometa errante*, Plaza & Janés, Barcelona, 1985.

⁴ Gerardo Diego, *Crítica y poesía*, Ediciones Júcar, Madrid, 1984.

⁵ Arturo del Villar, *La poesía total de Gerardo Diego*, Los Libros del Fausto, Madrid, 1984.

en redor» (p. 46). En el poema «La estrella de papel», alude al juego, a la ilusión infantil (el poeta es un iluso, un eterno niño que juega con las palabras, las ideas, los caprichos). No puede evitar la «envidia», el regreso a un tiempo feliz de inocencia: «Yo tenía / cuando era tan chiquillo / como vosotros un hexágono / de cañas y papel y en mi mano nerviosa / un ovillo / de cuerda». Así, cometa, estrella o papel, es un deseo errante de poeta alacre (diría Jorge Guillén), la ascensión a un mundo de belleza ideal.

Según Gerardo Diego *Cometa errante*, es un libro de hojas, hojas sueltas desperdigadas en cuadernos, papeles, libretas, hojas que ahora se reúnen para formar un nuevo libro. Así pierden su carácter errático y disperso para formar una unidad de libro en una antología varia.

Gerardo Diego distingue entre poemas de «creación» y poemas de expresión, equivalentes, tal vez, a forma de la expresión y contenido de la expresión. En esta antología dominan los poemas de «creación», de invención. Y el juego de la invención acarrea bastantes riesgos: que todo quede en juego, rizo del rizo, fuego artificial de la nadería; que la palabra se convierta en mueca, risa de calavera pensante; que la pretendida belleza sea tan sólo la piel, el maquillaje del vacío. Que los versos libres sean escaleras desiguales para no llegar a ninguna parte. El poeta creador sabe sus riesgos y avanza por la estética dando saltos y piruetas. A veces parece un revolucionario, un visionario de la belleza ideal, lejana; otras, un bufón. Entre sus muchas bisuterías se descubren piedras preciosas, verdaderas. Y sin embargo la poesía sale de sus tópicos, de los pozos circulares, gracias a las efímeras revoluciones de los creadores, que sacrifican la expresión por el hallazgo, la belleza por la genialidad.

Cometa errante es un volumen dividido en varias partes. Se abre con «Poemas de 1915-1983», florilegio y ejemplo de una dilatada época. El poema inaugural tiene este curioso título «Soneto en Pe», que para más guasa sigue luego con «Soneto en Qu». ¿Se ríe Gerardo Diego de la poesía? ¿Se burla y la birla en un toreo poético que recuerda a las faenas prosísticas (aforísticas) de Bergamín? El poeta domina su arte y rompe la seriedad de la perfección absoluta, clásica de *Alondra de verdad* o *Angeles de Compostela*, con esta salida de tono, cómica, paródica, pirueta, mofa. Este tipo de poesía ya fue llevada a su máxima expresión por autores como Quevedo o Góngora, maestros del decir jocos, satírico, malicioso. «Soneto en Pe», es una biografía resumida de un «hidalgo de la vieja cepa», con reminiscencias de un Manuel Machado, señorito y dandy, de un Espronceda temerario y un don Juan bravucón a quien no se le escapa una. Entre la seriedad sufrida y la risa catártica de la propia sombra, discurre el poema «Vocación»: «¡Oh el tormento mortal del poeta / condenado a vivir en la mofa / y a mirar siempre lejos la meta, / y a avanzar con su sangre la estrofa».

La música es la otra pasión de Gerardo Diego. Música y poesía. Ambas se unen en su obra, se alimentan. Poesía etérea la musical, grácil, de notas (palabras) sueltas: «Las alas de los ritmos / han volado al través de mis brazos» (p. 36). El tema de la música, en sus variaciones instrumentales o en las composiciones vuelve a aparecer en «Jinojopa de la luna de Valencia»: «__ Que no Leopoldo Querol / cantando en su piano al sol» (p. 47), y en el mismo poema «Como el Pleyel cantaría / su negra y blanca poesía» (p. 48). Hay un poema «Momentos musicales» (p. 91), donde hacemos cala en estos